

Religión y Cultura

por el

P. Félix García

I

La revista agustiniana RELIGIÓN Y CULTURA tuvo su momento y su hora propicia en circunstancias críticas para España, es decir, en los años dramáticos en que se jugaba su destino. Mientras fué posible hablar, RELIGIÓN Y CULTURA alzó su voz y se adelantó a proferir verdades y temores, angustias y esperanzas, porque presentía que eran unos años decisivos, terriblemente inciertos, los que había de vivir España, amenazada ya por la tormenta y metida en un proceso de desventuras.

En medio de aquel ambiente conturbado, cuando no valían términos medios y estaban periclitando muchas cosas inservibles, y se ponían a prueba principios esenciales y se hacía preciso, sin ambages ni dilaciones, renovarse o morir, y de ninguna manera continuar

malviviendo, RELIGIÓN Y CULTURA levantó su voz, y aquella voz consiguió indudable resonancia. Más que una actitud de crítica y de combate mantuvo una posición afirmativa, de edificación e incluso de tolerancia frente a la intolerancia atroz de los que llegaban con ánimo enconado, con pervertido afán de destrucción y desquite. Una vez más se pudo comprobar entonces que los que proclaman no sé qué renovaciones anárquicas necesitan las ruinas, los ritos crematorios, los procedimientos salvajes para imponer su dominio, y hacen valer su libertad para destruir la libertad de quienes consideran adversarios y disidentes.

La fecha de 1936 es una fecha trágica y gloriosa, a la vez; de ignominia y de comienzo de redención. Se colmaron todas las medidas y salieron a la superficie oscuros designios y resentimientos largamente reprimidos. Fué la revelación de una serie de impotencias y desmanes. Había que reconstruir el templo y el hogar, piedra a piedra, desde sus cimientos. Pero era preciso que el dolor y el sacrificio acrisolara lo que quedaba de auténtico y fecundo, soterrado bajo las ruinas y escombros para prevenir y acelerar la renovación esperada. Los desastres tienen su etiología como la tienen todos los renacimientos. Lo que importa es saber ser dignos del dolor que repara y estar a la altura que requiere todo renacimiento para no convertirlo, a la hora de la liberación, en hedónico disfrute.

RELIGIÓN Y CULTURA salió con buen aire en aquellos días de difíciles presagios; pero la tormenta, que tan pocas cosas dejó en pie, quebró el vuelo de aquella revista agustiniana, cuando estaba en plenitud de floración. Abierto quedó el surco, y la semilla al favor del cielo confiada. Había que esperar su crecimiento.

II

Sale de nuevo ahora RELIGIÓN Y CULTURA con un propósito de afirmación, en un momento si no tan áspero como en la otra coyuntura, acaso más confuso, más cargado de preocupaciones, de nuestro Occidente, que se dice cristiano y católico, pero que ha dado en tan graves desviaciones y apostasías, que necesita una regeneración profunda, un nuevo bautismo para configurar y restituirle a la gracia. Las llamadas heroicas, las admoniciones reiteradas, los intentos multiplicados para devolverle el equilibrio y la conciencia de su destino surgen de todas partes con generosidad, pero quizá con escasos resultados porque actúan sobre él tremendas depresiones, y la confusión creciente impide el conocimiento y la unidad. El egoísmo contumaz, los intereses creados, los viejos odios, las connivencias atávicas invalidan con deprimente reiteración cuantas soluciones provisionales, sin consistencia, se proponen para conseguir un viraje rápido en la mar-

cha descendente de Europa. Por una serie de infidelidades sucesivas, de dispersiones peligrosas, de caídas en la tentación de desertar de sus valores espirituales y de su historia que se ha ido haciendo bajo la mirada de la Providencia, Europa ha perdido la confianza en sí misma, y con ella la rectoría del mundo, en cierto modo, porque ha supeditado al factor económico-social la supremacía de la inteligencia y el resorte de la moral. Cuando la exigencia de lo material, de las soluciones inmediatas, sin trascendencia, imponen su tiranía, es lógico que pasen a segundo término o se anulen sin remedio otras preferencias e inquietudes que elevan y sitúan a los hombres y a los pueblos, configurándoles y mejorándoles en el ámbito de la auténtica cultura, en donde ya es posible hacer apelaciones a la moral, a la religión, a la ciencia de la vida.

Europa —se ha dicho con exactitud— tuvo su rostro, su forma y su figura. ¿Por qué, entonces, esta desbandada de leales, por qué ese triunfo del sordo rencor, del descarnado arrivismo que pretende dejarla atrás como “a una etapa superada ya”, y que ha de dejar el paso franqueado a una nueva barbarie, que la purifique y sancione por la orgullosa posesión de sí misma y la seguridad de sus éxitos y de sus conquistas geográficas y espirituales? Pero sucede fatalmente que todo lo que triunfa en el ámbito de lo humano, de lo contingente, engendra su sombra y fomenta el germen

oculto de su descomposición, porque le falta la reserva del espíritu y la vigilancia debida para no dar en desvarío y contaminaciones. Hasta ahora todavía no se ha dado, a no ser en el orden moral, una victoria sin vencido, una victoria que consista íntegramente en convencer. Y todo vencido, condenado a no ser más que vencido, termina en el resentimiento. Hoy Europa está superpoblada de resentidos, de vencidos, que aspiran al desquite brutal, y que para lograrlo, como sea, se desentienden de la historia y de Dios, y hacen al mal y al desorden cuantas concesiones, por muy costosas que parezcan, sean necesarias.

Cuando Spengler formuló su teoría de la decadencia de Occidente, se rasgaron muchas vestiduras por los que creían en un Occidente, es decir, una Europa inmunizada, invulnerable y con las reservas suficientes para contrarrestar todos los posibles contagios. Se levantaron entonces voces de escándalo, y una vez más se proclamó por los más optimistas la creencia en una Europa asegurada de incendios, bien municionada con su cultura y su historia seculares, que podía permitirse toda suerte de manipulaciones y experiencias sin temor a posibles desvirtuaciones y a enemigos que se le infiltraran a merced de su confiada seguridad. Sin embargo, Spengler tenía razón; no era la suya una visión pesimista, sino el fruto meditado de una serie de inducciones, de lógicas secuencias que Europa, metida en la

curva más peligrosa de su historia, imponía al contemplador asiduo y severo de su realidad. Lo que entonces fué premonición, cautela, llamada urgente para contener la ruina y apremiar los remedios, se convierte más tarde, ante sucesivas y rudas lecciones que las evidencias de cada día iban dejando, en voces desesperadas, en inútiles toques de rebato, en despiadados análisis y en inculpaciones violentas contra quienes, de víctimas que eran, pasaban a ser responsables del desastre, mientras crecía como una planta monstruosa, fomentada por errores sin cuento, el enemigo sembrador de cizaña.

De la confianza desmesurada en la victoria sobre las fuerzas de la naturaleza dominadas, y en el éxito espectacular de la ciencia, y en la sobresaturación de la cultura que juzgó suficiente para asegurar una felicidad perentoria, de tejas abajo, se pasó casi sin transición a un terror cósmico, sin paliativos, a una desconfianza medrosa que induce a buscar alianzas y pedir remedios entre los elementos enemigos que van acelerando sus descomposición. Y así ha acontecido —los hechos hablan con rigor— que cuando se ha precipitado el desastre, Europa se ha encontrado indefensa, sin reservas interiores. La realidad tremenda ha sorprendido su confiada seguridad, y así pasó, como en un sueño amargo, del optimismo al terror; de la creencia en una superioridad indisputada, al desenga-

ño y desconfianza en la cultura que había materializado con exceso y convertido en idolatría, desentendiéndose de superiores exigencias. El pecado de la cultura por la cultura, con su orgullosa suficiencia, con su voceada autonomía, llevaba en sí misma su sanción y su impotencia. Se viciaba de incapacidad. El pensamiento europeo, erguido sobre sí mismo, alejado en gran parte de la fuente originaria que le dió sus mejores riegos, perdió la conciencia de sus conquistas y de la abundancia de sus propios bienes. No supo usufructuar lo que había sabido conseguir en siglos de experiencias y trabajos. Y dió en prodigalidades agotadoras, quedando sin reservas y sin defensas. Así se originó una situación que hasta ahora habían creído no pocos españoles privativa del pensamiento y de la vida española, es decir: perderse por sus dones más que por sus defectos. Pero esto —se nos dirá en *La agonía de Europa*—, perderse en el laberinto de la propia sobreabundancia, le ha sido más pernicioso a Europa que a España, pues España siempre vivió así, entregada a su frenética generosidad, cuidándose de explorar, y jamás de explotar lo explorado. España ha vivido en la dispersión de sus dones, en la prodigalidad, en la confianza ciega. Para Europa, en cambio, revestía caracteres de traición el entregarse a las dos actitudes que supo evitar en sus horas de creación, cuando su entendimiento estaba plenamente en activo: el terror

y la confianza. Por otra parte, la prodigalidad de España difiere esencialmente de la prodigalidad del resto de Europa. España se prodiga hasta desangrarse para realizar una sementera fecunda, para cristianizar tierras hasta dejarlas entradas en la mayoría de edad del espíritu. Supo ganar perdiendo. Europa, en cambio, se prodiga para perderse, para desviarse de sí misma, de su historia, y transferir al enemigo los recursos con que después ha de ser herida sin piedad y bloqueada sin tregua. Todo el sistema de unidades que la prestaba cohesión y fortaleza se fué lógicamente descomponiendo en reiteradas pérdidas centrífugas. El pánico y el desorden crecían en la misma proporción que cobraba consistencia y agresividad el enemigo que se había alojado en su propio ámbito interior.

III

La guerra del catorce, que va pareciendo ya tan lejana, constituyó un descenso, un golpe mortal asestado al corazón de Europa. Al terror pánico que se apoderó de las gentes sucedió bien pronto un difuso escepticismo, un anhelo de desquite, una distensión alarmante, que trajo como consecuencia un sentido concreto de vivir para el disfrute inmediato, sin preocupaciones éticas, y de reconstruir para un futuro, amenazado de nuevos desastres. Ahí aparecen ya los

pródromos de la grave situación de esta Europa de hoy, castigada y rota, que hace desesperadas apelaciones a la unidad, y busca pactos y alianzas extrañas, provisionales, cuando en realidad es ella el verdugo de sí misma, la que compromete cada día más su unidad ya rota y se pierde en desviaciones y anula las posibilidades de entendimiento. Desde luego, cuenta más con los arbitrios humanos de una política ambigua que con las disposiciones providenciales de Dios. Y ése es su gran pecado. Ha empleado Europa por desdicha más coraje en fraccionarse, en destruirse, que en regenerarse y buscar de nuevo la trayectoria de su destino.

Lo que le dió configuración y estilo, primacía sobre los demás continentes y cohesión interior fué cabalmente el pensamiento cristiano, la trascendencia de una filosofía primera, que situaba a Dios en el puesto que le corresponde en el cosmos. Pero por sucesivas infidelidades fué sustituyendo a Dios por la razón, y la metafísica por una ciencia pragmática y naturalista. El naturalismo —se ha dicho certeramente— es la línea de menor resistencia para la mente, por la sencilla razón de que viene después de varios siglos en que el pensamiento se ha esforzado en desvelar la naturaleza. Línea de menor esfuerzo y engendradora de fatuidad, de peligrosísima vanidad intelectual, que se atiene al resultado y se muestra ignorante

de los anteriores esfuerzos. Porque la naturaleza no es por sí misma transparente, sino que la razón griega primero, y el Renacimiento después, la han domeñado. Y se nos ha llegado a figurar que es algo dócil, obediente y que apenas admite sorpresas. Ya todos los adelantos, por fantásticos que sean, nos parecen cosa *natural*. Y esto mismo, la palabra *natural* —que tan pavorosa realidad debería de significar— la empleamos desde hace tiempo como significativa de lo más consuetudinario, de la normalidad misma.

Y como esta tranquilizada conciencia de haber domeñado al monstruo de la naturaleza, de haberla convertido en estática mansedumbre, el hombre europeo se llenó de fatuidad, de excesiva confianza en el mundo. Vanidad que no dejó entrar en su ánimo al saludable terror ante la nueva *naturaleza*, y el nuevo enigma cada día se fué resistiendo más por la excesiva confianza que inspirara; fué cada instante más irritado por la desatención en que estaba. Enigma y monstruo más pavoroso que el de la naturaleza: el monstruo de lo social.

IV

Con su entrega incondicional al naturalismo desenfrenado, no obstante las valiosas reacciones espirituales, la cultura europea, nacida al calor del Cristianismo, fué limitando su horizonte y borrando su figu-

ra. Al hacerse pragmática perdió su trascendencia. Más que cultura del espíritu prefirió ser cultura de saberes concretos, de ciencia que infla, de técnicas para destruir más que para edificar. Por una desviación largamente sostenida se pensó que para vivir y resolver todos los problemas del hombre bastaba con la cultura. A más cultura más felicidad, una suma mayor de disfrutes. Pero esa cultura, ambiciosa, soberbia, autosuficiente, no sirvió para formar integralmente al hombre, que es la función auténtica de la cultura, sino para sumergirle en una nueva barbarie, más peligrosa y desoladora que la de los pueblos primitivos, pues era el resultado de una degeneración y de una infidelidad. Una vez más se cumplía el axioma de que una sobresaturación de cultura material, desvinculada de lo divino, desemboca forzosamente en la decadencia de la peor servidumbre. La cultura europea católica y cristiana, penetrada de trascendencia en su más lograda consecución, fué desertando de la metafísica, del derecho, de la moral y de la ascética, en una palabra, de la religión, y con ello se cortó las alas y se clausuró en el ámbito cerrado de lo material; fué cultura de saberes dispersos, sin unidad de fin; de técnicas, si se quiere admirables, pero egoístas; de adelantos sin cuento, que sirvieron para el olvido de Dios y la potenciación del hombre, que pretenden bastarse a sí mismos. Esta situación de la cultura europea, contumaz en sus des-

viaciones, ha venido a dar por una parte en el existencialismo ateo, en la amoralidad profesada, con su pseudofilosofía, con su religión sin Dios, y, por otra, en la sublimación de inventos y nuevas técnicas que están erigiendo su espantosa torre de Babel, donde reina la confusión y amenaza la ruina inminente, si no se vuelve a dar a la vida el signo de lo divino.

A Dios se le han buscado todos los sustitutivos posibles, el *ersatz* utópico de esta nueva cultura penetrada de negaciones. Y este Dios negado, *néantisé*, hace sentir, sin embargo, su presencia ineludible en medio de la desolación espiritual del hombre moderno, que trata de fundar una filosofía sobre su mal llamada *angustia*, que no es otra cosa que el vacío que Dios le ha dejado con su ausencia. A pesar suyo, los hombres de hoy con su cultura endiosada están evidenciando la necesidad que tienen de Dios, de ese mismo Dios que tratan de eludir a brazo partido. Paul Rostene, en su hermoso libro *La Fe de los ateos*, dice que el ateísmo actual, en lo que tiene de más pretencioso y agresivo, se traiciona a sí mismo y da testimonio de Dios con su obsesiva insistencia en negarle, en querer demostrar su no existencia, como le acontece a Jean Paul Sartre, en *Le Diable et le bon Dieu*, en el que el verdadero protagonista es Dios, a pesar de que el drama es todo él un alegato ateo para llegar al menosprecio, a la negación totalitaria de Dios. Pero Dios emerge,

con la invasora fuerza de su presencia, por encima de esta cultura que se esfuerza por desentenderse de Dios. Por eso mismo, a través de toda esa campaña contra Dios, es fácil deducir que el ateísmo del siglo xx ofrece más posibilidades de conversión que el del romanticismo o que el del anticlericalismo burdo de Voltaire o de M. Combes. Lucha contra Dios como Jacob luchó toda una noche contra el ángel. De la batalla saldrá maltrecho y roto, pero quedará redimido.

Una observación, aunque sea superficial y rápida —dice un pensador francés—, de los fenómenos sociológicos de nuestra época, nos hará ver que incluso en las mismas masas, no obstante especiosas apariencias, puede sorprenderse a través de su negación o su escepticismo la observación de Dios. Es posible que pueda apreciarse ese fenómeno en la proliferación de credulidades, de supersticiones y de magias. Roma decadente, cuando relegó al olvido sus viejos ritos y su antigua fe en los dioses tutelares, se dejó trabajar no sólo por infinidad de doctrinas orientales saturadas de misterios, sino también por todo un “bric-à-brac” pseudoespiritual de magia, de astronomía, de adivinación. Y ésa es más o menos la situación de este último medio siglo. Roberto Kauters, que ha reflexionado con agudeza sobre estos problemas de la deserción de la cultura europea, de su historia y de su he-

rencia, observa que “la primera actitud del ateísmo no filosófico, es decir, del de las masas”, es la de volver la espalda a las iglesias; la segunda es la de confiarse a los magos, a los videntes, a los espiritistas y traficantes del misterio. ¡Cuántos contemporáneos que rechazan la autoridad del sacerdote se someten con absurda docilidad a la del fakir o del visionario! ¡Cuántos que recusan la revelación, aceptan con fe burda el horóscopo de su destino! Se ha negado a Dios en nombre de una cultura que trata de problematizarlo todo; pero se ha forjado el *ersatz*, la sustitución de Dios en ídolos y dioses falsos; el espectáculo para los que todavía creen en la dignidad del hombre es ciertamente desolador.

V

Ahí radica la quiebra de una cultura que pretendió superar todas las metas, y que está necesitando una renovación fundamental. Es preciso restituírle su configuración y su sentido; arquitecturarla de nuevo situando a Dios como clave del arco, como principio de unidad y de validez. Como reacción al racionalismo vicioso del siglo XIX asistimos durante todo el transcurso del XX a la floración impetuosa de las diversas escuelas del irracionalismo, que es como un asalto convergente contra la primacía de la inteligencia y los fueros de la razón. Bastaría recordar —dice Papi-

ni— el dionisismo antimetafísico de Nietzsche, la filosofía de la intuición de Bergson, el pragmatismo de James las teorías fáusticas de Spengler, el psicoanálisis de Freud y el existencialismo de hoy, que es el fruto póstumo y tardío de los amores de Kierkegaard con la desesperación. La Edad Moderna comenzó adorando a la diosa Razón y a la idea eterna, pero después de haber atravesado un estadio bien poco glorioso de bajo materialismo, termina en el extremo opuesto con la adoración de todo lo que se opone a la inteligencia, es decir: la voluntad, el instinto, el subconsciente, el *élan* vital, la acción demiúrgica, la angustia, la libido. Toda experiencia está consumada y descontada; se espera ahora la aparición de una nueva síntesis en la que estén luminosamente armonizados los derechos de la realidad y los de la idea, los de la intuición y los de la dialéctica, los de la libertad y los de la gracia, los de Dios y los del hombre.

Esta síntesis deseada será una realidad extensa y vivificante cuando sea posible, en este mundo atormentado y confuso, restablecer una ecuación entre los términos *religión* y *cultura*; que no se excluyen entre sí, sino que se completan y exigen. No puede haber auténtica cultura si no comprende la religión como fermento y razón de la misma; y una religión será deficitaria si se desentiende de la cultura necesaria para la perfección del hombre. Cuando estos dos términos

se despolarizaron y se les hizo incompatibles, ocurrió que la cultura cayó en idolatría y la religión degeneró no pocas veces en superstición o devocionería ineficiente. Si la muchedumbre de males que hoy lamenta Europa tiene su causa indudable en el divorcio entablado entre la cultura y la religión, el remedio inmediato radicará en volver a armonizar las funciones de la religión y la cultura, que no podrán ser nunca antitéticas, ya que una y otra deben tender a la perfección y a la salvación del hombre.

Esa es la tarea primordial que incumbe a los hombres de pensamiento y de acción. El momento es, sin duda, propicio, pues al cansancio y a la desilusión que va dejando en las almas una cultura que ha servido para el exterminio y la desesperanza, no ha de suceder el pesimismo o la declaración de impotencia, sino, más bien, un anhelo de restauraciones fecundas, el principio de una nueva resurrección. Basta una somera consideración de los síntomas de lo que está aconteciendo en el mundo para percatarse que hay un anhelo de retorno, de ver que el cristianismo posee la suma de soluciones espirituales y temporales que se han intentado vanamente buscar por caminos extraviados. Las ilusiones demenciales del hombre deificado, que durante algún tiempo se ha sentido dueño absoluto de la tierra y del propio destino, van declinando, heridas de muerte por terribles experiencias. En

una muchedumbre de almas se despierta más cada día el hambre y la sed de Dios. En el catolicismo —dice Papini— ciertos ultraísmos devocionales y doctrinarios retroceden frente a una exigencia cada día más viva de la caridad en todas sus formas, y de una contemporización entre las necesidades de la vida de los pueblos y el fin sobrenatural de las almas individuales.

Europa no ha muerto, a pesar de sus infidelidades, y no podrá morir del todo, no obstante sus graves procesos de desintegración. Tenemos que reconstruir muchas cosas en trance de perecer; pero no pretendiendo montar artificialmente una sociedad en gran parte destruída, sino confiriéndola una estructura y un sentido cristiano. No se trata, como es lógico, de oponer sólo diques al comunismo, sino de emprender una reforma interior a fondo, de volver a cristianizar la cultura, mejor dicho, el pensamiento de los hombres. Es necesario oponer una esperanza a una desesperanza, una fe a un desencanto, un orden eterno a un desorden temporal. Por temible que sea la amenaza que pesa sobre nosotros —dice Mauriac—, no podemos desesperar de la causa de Europa mientras su causa siga ligada en este mundo a la causa de la Redención. Y si sucediera lo peor, no desesperaríamos todavía. San Agustín, abatido, pudo por un momento creer, cuando moría en Hipona, que la civilización estaba periclitando, cuando cabalmente la civilización estaba co-

menzando bajo su inmensa influencia. Aun cuando una ola de barro y sangre inundara a Europa, seguramente se salvará lo que merece ser salvado, y los hombres de buena voluntad no serán confundidos.

VI

En esta tarea urgente y abnegada de reconstruir este mundo de la cultura cristiana amenazada y de conquistar ese otro mundo aledaño perdido en la dispersión o en la paganidad, los hombres de buena fe vuelven apasionadamente los ojos a San Agustín y se cobijan bajo su pensamiento. Sin hipérbole podemos afirmar que él configuró espiritualmente a Europa y que la Cristiandad se ha nutrido de su pensamiento y buscado en él soluciones a los problemas más diversos y más arduos del espíritu. Se le ha llamado reiteradamente “el primer hombre moderno”. Y en realidad lo es. Su presencia en la historia es constante y decisiva. Se ha hablado del “agustinianismo perenne”, y ésta no es una frase ponderativa sin posible comprobación. De hecho, no hay autor ni sistema de consideración que no haya buscado en San Agustín argumentos y razones para apoyar elucubraciones y teorías, tanto en el orden teológico como en el filosófico o religioso. Su estilo y su pensamiento recobran con el tiempo juventud y vigencia. Incluso los autores de

teorías profanas se amparan en la autoridad de San Agustín para fundamentarlas con su prestigio y su poderosa influencia. El Centenario de la muerte del Santo ha servido para poner de manifiesto una vez más no sólo la extensión y la eficacia de su pensamiento, sino también la que se ha llamado “simpatía agustiniana” y la atracción irresistible de su figura. El sigue siendo el intérprete más genial del drama humano, de la tremenda angustia del hombre despoblado de Dios y de las inquietudes del corazón, que sólo en Dios puede hallar descanso y objeto digno de su amor.

El hombre de hoy vuelve nostálgicamente los ojos a San Agustín para escuchar su apasionada lección de lo eterno, de aquel “Ordo ordinans” que confirme unidad y sentido a la muchedumbre de las cosas criadas: “Ordo est —nos dice el Santo— quem, si tenuerimus in vita, perducet indefectibiliter ad Deum.” Ese orden de Dios es el que es preciso volver a asegurar para hacer posible el entendimiento entre los hombres. El alma se hace tenebrosa cuando se atiene al brillo mortecino de su propia luz, o de su razón; pero se hace luminosa cuando recibe de lleno las claridades de Dios: “Anima, si ad lucem suam attenderit, tenebratur; si ad lucem Dei, illuminabitur.” “Reddi ad cor” parece gritar de nuevo el Santo a cada hombre hoy, y ahí, en el corazón, te encontrarás y encontrarás a Dios.

Si fué en realidad San Agustín el padre espiritual de Europa, el gran protagonista de la cultura occidental, a él habrá que retornar para configurar de nuevo a esta Europa atormentada que se debate entre tantos problemas que sus propios desvíos le han creado. San Agustín nos señala gráficamente los caminos de la conversión. Y a la vez que le proporciona al hombre una metafísica le sitúa en el orden de la caridad, con lo que el hombre recobra su plenitud de sentido y su definitiva trascendencia.

Toda resurrección —ha escrito una perspicaz pensadora— no es sino trasmutación de algo que sigue siendo lo mismo, pero que ya no puede permanecer ni un instante más en su forma, y así, de pronto, en lo más escondido, encuentra una nueva inspiración; encuentra que su esperanza y su desesperación andaban enredadas o eran demasiado difíciles, y encuentra otras nuevas. Esta trasmutación de esperanzas y desesperaciones es la que nos muestran las *Confesiones* de San Agustín. Y con ello vemos bien claramente, con sencilla evidencia, que una cultura humana no es sino un sistema de esperanzas y desesperaciones. Por eso, cuando se tiene el acierto de fundar una, las esperanzas dispersas se unen y recogen en un sistema. La vida humana es sistemática, mas no de razones o sinrazones, sino de esperanzas y desesperanzas. A veces su funcionamiento se enreda y se hace imposible; enton-

ces el hombre agoniza, se debate y empieza a buscar porque no sabe qué esperar. "Porque lo que hemos de esperar no lo sabemos y así gime el espíritu con gemidos inenarrables", dice San Pablo, que supo más que nadie de la desesperación y de la esperanza vencedora que nace sobre ella. En San Agustín el hombre nuevo nació con eficacia maravillosa. Y es el gran maestro de la esperanza. En él el saber y la caridad se hacen concordes y emplazan al hombre para la salvación.

* * *

RELIGIÓN Y CULTURA sale a la luz bajo la rectoría de San Agustín y la tutela de su pensamiento para recordar las luminosas orientaciones del Santo para la resolución de los graves problemas que hoy, como siempre, en una forma o en otra, nos plantea la vida, y hacer que su presencia, con su palabra y su acento, avive nuestra esperanza. Nadie mejor que el Santo supo dar realidad y vida a la ecuación Religión y Cultura. Y transmitirnos el optimismo del Evangelio. A los débiles y pusilánimes de siempre les continúa diciendo: *Noli tenebrare tenebras tuas*. No entenebrezcas más tus propias tinieblas. Sal a la luz de Dios y deja tus oscuridades. Y hallarás razones y evidencias que no conseguirás nunca cuando te encierres en tu propia tiniebla.